

do, dado un adiós tristísimo al Campamento y partido esta tarde de las playas marroquíes con rumbo á la costa de España.

¡Vaya tranquilo! El batallador del 30 de Noviembre y del 9 de Diciembre en las acciones del Serrallo, arrogante auxiliar del Conde de Reus en la batalla de los Castillejos, puede estar satisfecho y orgulloso de la parte de gloria y penalidades que le ha cabido en esta Guerra. Él ha dado á la Patria cuanto puede darle un buen hijo: primero, su poderosa ayuda; después, su salud, y últimamente, su alegría.

El general Prim ha tomado en propiedad el mando del SEGUNDO CUERPO, y, por resultas de ello, las dos Divisiones de RESERVA seguirán á las órdenes del general Ríos.

### XXXVII

Combate de *Guad-el-Jelú*, ó del 31 de Enero.

Escrito en mi tienda el 1.º de Febrero.

De pantanos procuran guarecerse,  
Por el daño y temor de los caballos,  
Donde suelen á veces acogerse  
Si viene á suceder desbaratillos:  
Allí pueden seguros rehacerse,  
Ofenden sin que puedan enojallos,  
Que el falso sitio y gran inconveniente  
Impide la llegada á nuestra gente.

(ERCILLA.—*Araucana*, C. I.)

Nuestros presentimientos se han cumplido: la tempestad que hace algunos días se cuajaba en la atmósfera, estalló al fin de un modo formidable... ¡Bendigamos á Dios! Los nuevos Ejércitos marroquíes han sido rechazados también por nuestras tropas, y el príncipe Muley - Ahmed comparte ya con su hermano Muley-el-Abbas las amarguras del vencimiento.

Ayer por la mañana, ambos caudillos salieron

de su Campo con el temerario propósito de venir á dormir al nuestro; y, puestos al frente de sus bárbaras y copiosas legiones, atacaron este Campamento por tres distintas líneas de batalla.—A la tarde estábamos ya nosotros al pie del suyo, amenazándolo muy de cerca, después de haber visto á sus infantes y jinetes huir cubiertos de sangre y de ignominia.—Anoche, en fin (á la hora en que terminaba este inolvidable mes, cuyo primer Sol iluminó la batalla de los Castillejos), nuestros soldados regresaban á sus inviolables tiendas, mientras que O'Donnell seguía ideando otra próxima batalla en que nos tocara á nosotros acometer y á los Moros resistir; en que iremos á asaltar su Campo, como ellos han venido á lanzarse sobre el nuestro, y en que haremos conocer al tigre de Libia cuánto le aventaja en valor y fuerza el león castellano.

No obstante lo dicho, el combate de ayer fué tremendo. ¡Toda una noche ha pasado sobre él, y aun se dibujan en mi imaginación sus principales episodios y terrible conjunto!— Tanto batalló nuestra gente, que la diana se ha tocado hoy muy tarde, para que todos tengan algunas horas más de reposo; y aun así, los individuos del Cuartel General estamos todavía rendidos, por consecuencia de las doce horas de continuo ajeteo que pasamos, recorriendo (varias veces por en medio de empantanadas aguas) una línea de más de una legua, ora siguiendo cargas de Caballería, ora acompañando cañones que corrían á escape, ya envueltos entre masas de Infantería, y siempre bajo un Sol abrasador, totalmente en ayunas, mojados y cubiertos de lodo, y luchando con nuestros caballos, que se asustaban de los cohetes á *la Congreve*.—En cambio, pocos días habré podido contar una acción con tanta copia de datos como hoy.—¡Todo, todo lo ví ayer!—La amplitud del terreno, liso y despe-

jado, permitiéndome estudiar sucesivamente la lucha por la derecha, por la izquierda y por el centro.—¡Dígalos, si no, mi pobre *Africa*, que no podía dar un paso al final del combate!

Pero entremos ordenadamente en materia.

Serían las siete de la mañana, ó poco más. El Sol naciente doraba ya la superficie del Mediterráneo; daba horizontalmente en nuestras húmedas tiendas, de las que su calor extraía azulados vapores; realizaba todos los árboles, matas y hierbas que bordan el llano, y resplandecía, en fin, sobre las tiendas del Campamento moro y sobre los blancos muros de *Tetuán* y de su *Alcazaba*.

Cuando el Sol empezó á calentarse y despejóse la atmósfera, es decir, á eso de las nueve, advirtiéndose que el Ejército enemigo estaba en movimiento, y pronto se le vió, tendido ya en un semicírculo de legua y media, venir resueltamente contra nosotros.

Nadie se maravilló en nuestro Campo, pues desde hace muchos días todos esperábamos este ataque. Sin embargo, no pudimos menos de admirar nuevamente la osadía de los Moros, así como su terquedad ó su constancia.—Verdad es que el número y la actitud en que se presentaban ayer eran más alarmantes que nunca... ¡Indudablemente, los Príncipes marroquíes iban á hacer un esfuerzo desesperado, tomándonos la delantera, por decirlo así, en vista de que nosotros estábamos terminando nuestros preparativos para atacarles resuelta y definitivamente!

En aquel momento habían desplegado ya en batalla más de veinte mil hombres, la tercera parte de ellos de Caballería, formando dos Ejércitos separados, cada uno de los cuales se movía independientemente del otro.—El que se extendía á nuestra derecha, mandado por Muley-Abbas (según supimos luego), se apoyaba en la

*Torre de Jeleli* y en un estribo avanzado de *Sierra Bermeja*. Era el más numeroso, y conociase además que dejaba á retaguardia grandes reservas escondidas en las primeras ondulaciones de la montaña.—El otro Ejército, mandado por Muley-Ahmed, y fuerte de unos seis mil infantes y dos mil caballos, cubría nuestra izquierda, apoyándose en las huertas de *Tetuán* y extendiéndose hasta las orillas de *Guad-el-Jelú*.

Es decir, que lo más recio de la Caballería enemiga nos amenazaba por el flanco derecho, ó sea por el *Reducto de la Estrella*, como si su intento fuese atacar por aquel lado nuestra retaguardia cuando avanzásemos llano arriba; cortarnos la comunicación con el mar y apoderarse de nuestras tiendas.—Para ello bajaban incesantemente masas de Caballería á colocarse á nuestra derecha, llegando algunos temerarios jinetes hasta muy cerca de la playa, por el lado allá del río de la *Judería*, á media legua de nuestro Campo.

¡Grandioso era, en verdad, el cuadro que ofrecían tantos y tan fantásticos caballeros, esparcidos por la dilatada llanura, marchando, ora á la *desfilada*, ora en lucidos pelotones, tan reposadamente como si fuesen de paseo, parándose á veces para mirarnos, retrocediendo otras, desparramándose en ocasiones como una bandada de palomas que se dispersa, reuniéndose en seguida para continuar su atrevida marcha, y cautivando siempre nuestra atención con su gracioso cabalgar y fantásticas vestiduras! ¡Parecía imposible que aquella gente pudiese hacernos daño alguno, ni que una nube, al parecer tan impalpable y vaga, encerrase tantos rayos de fuego y tan infernales propósitos!

El general O'Donnell adivinó desde el primer instante cuáles eran éstos, y se apercibió á un tiempo mismo á la defensa de su amenazado

Campo y á dar á los Marroquíes el condigno castigo. A este fin encargó al general Ríos que sostuviera nuestro flanco izquierdo con sus Batallones, con un Escuadrón de *Lanceros de Villaviciosa* y una Comp. ñía de Artillería de Montaña; y el bravo General ejecutó la orden rápidamente, escalonando en masa todo el CUERPO DE RESERVA, apoyado en el puentecillo por donde la carretera empedrada, de que hablé el otro día, atraviesa el *Río Alcántara*.—Al mismo tiempo la DIVISIÓN DE CABALLERÍA, al mando del general D. Félix Alcalá Galiano, formó en dos líneas de batalla, y, siguiendo la dirección que le marcaba el Conde de Lucena con su desnudo acero, avanzó oblicuamente por la derecha en busca de la Caballería enemiga, á fin de estorbar que siguiera corriéndose por aquel lado y obligarla á retroceder si no prefería quedar aislada y presa entre nuestra Caballería y el mar.

Los astutos Moros no tardaron en darse cuenta de su situación, y retrocedieron efectivamente antes de que el general Galiano hubiese podido interponerse entre ellos y *Sierra Bermeja*.—Quedó, pues, limpio de adversarios y asegurado por entonces el flanco derecho de nuestra línea; pero, en cambio, fortalecido el centro enemigo con la llegada de los jinetes rechazados, ofreció á la vista un verdadero mar de gente, que amenazaba inundar el llano en cuanto se desbordase.

Nuestra Caballería se replegó por su parte al *Reducto de la Estrella*, una vez frustrado el intento de la contraria, y esperó allí nuevas órdenes de O'Donnell, que no tardaron en llegar.

Pero antes diré que el TERCER CUERPO, mandado á la izquierda por el general Turón, á la derecha por el general Quesada, y en el centro por su comandante en jefe Ros de Olano, había avanzado entretanto hacia el enemigo, llevando

de reserva seis Baterías (tres de ellas de posición, y las otras tres del segundo Regimiento montado), mientras que el SEGUNDO CUERPO, mandado por el general Prim, quedaba formado á retaguardia, á la derecha de nuestros Campamentos, con orden de avanzar cuando lo creyese necesario.

Estaban, pues, en guardia uno y otro Ejército.—Aun no había sonado un tiro.—Eran las diez de la mañana.

En este momento rompióse el fuego por la izquierda, entre las guerrillas del general Ríos y las avanzadas de Muley-Ahmed; y, como si el incendio latente que cundía por ambas líneas sólo hubiera esperado una chispa para estallar, el primer tiro puso en conflagración todo el llano... Al fuego de la izquierda respondieron mil detonaciones en la derecha y en el centro; y, pasado un minuto, ya no se veía en ninguna parte sino humo, cadáveres, ráfagas de lumbre, charcos de sangre, tacos quemados, cartuchos rotos, fusiles por el suelo. El cañón unió, en fin, su grave y pavoroso acento á la confusa y bárbara armonía de la refriega.—; *La suerte estaba echada*, y Dios iba á decidir una vez más el destino de los pueblos!

Al principio, lo más fuerte del combate fué hacia la *Aduana*, esto es, á nuestra izquierda.

Allí se veía marchar al general Ríos al frente del Regimiento de *Iberia*, de un Batallón de *Cantabria* y del *Provincial de Málaga*, llevando consigo una Compañía de Artillería de Montaña, mandada por un bravo Capitán que se ha distinguido extraordinariamente en esta Guerra, y de quien se habla, entre justos elogios, en los partes de todas las acciones dadas hasta hoy; por D. José López Domínguez, en fin, que ha hecho las campañas de Crimea y de Italia, co-

misionado por nuestro Gobierno cerca del Ejército francés, y cuyas proezas en Africa celebran desde los Generales hasta los soldados de todas las Armas é Institutos.

El general Ríos penetra el primero en los pantanos, adonde le siguen las tropas llenas de ardor y de alegría.—La Infantería infiel, que se había atrevido á acercarse á la nuestra más que de costumbre, contando con que el terreno que las separaba era intransitable, deja de hacer fuego al ver á los intrépidos Españoles marchar hacia ella por el pantano adelante, y retrocede en busca de parapetos desde donde batirse á mansalva...—Pero nosotros no la dejamos volver la cabeza, ni pararse, ni rehacerse, sino que vamos en su seguimiento hasta las mismas huertas de *Tetuán*.

Allí salen Moros de reserva y nos hacen cara. Ríos los cuenta todos con la vista... ¡Son demasiados!... ¡Lo menos triplican nuestra fuerza!...—Pero ¿qué importa?—Manda, pues, tocar *ataque*, y los nuestros se lanzan en columna sobre aquel revuelto enjambre de Infantería, que huye atribuladamente, cual si tratase de ganar los próximos setos y matorrales.

Pero, en esto, brotan de aquellos laberintos de ramas y cañas numerosos grupos de Caballería mora, lujosamente ataviada, compuesta de extraños seres adornados con vestimentas rojas y turbantes blancos, ó con jaiques blancos y altos casquetes rojos; mulatos en su mayoría; negros algunos; armados de pistolas, gumías y espingardas, y caballeros en ágiles, flacos y pequeños bridones, que apenas tocan el suelo con los pies... Parece que un conjuro les ha hecho salir del seno de la tierra. Por aquí aparecen veinte; por allí cincuenta; por un lado ciento; por otro cien y cien más... ¡Ya pasan de mil!—; Es la famosa *Guardia Negra*!...

¡No importa!—Ríos manda hacer alto á sus Batallones; los arenga; les ordena formar *cuadros oblicuos*, y espera tranquilo el formidable choque.

Acércanse los jinetes árabes dando espantosos aullidos y blandiendo sus espingardas como leves juncos.—¡*Fuego!*, grita el general Ríos; y de dos caras del *cuadro* brotan descargas cerradas, que siembran la muerte en rededor...

Muley-Ahmed recuerda sin duda entonces la lúgubre historia de su hermano el actual Emperador de Marruecos, la Batalla de Isly..., los *cuadros* de Infantería francesa..., y no insiste más en sus ataques contra los reductos vivientes formados por nuestros Batallones.—Huyen, pues, las hordas montadas, como acababan de huir las de á pie; y el general Ríos completa su obra destacando de los *cuadros* unas guerrillas de Cazadores, que persiguen á la Guardia Negra hasta obligarla á refugiarse en los bosquecillos que rodean la *Torre de Jeleli*.

O'Donnell, que lo ve todo muy de cerca, mándale detener sus fuerzas en aquel punto. Hácelo así Ríos, recomponiendo sus *cuadros*, y espera nuevas órdenes, libre ya de enemigos, si bien enviando algunas granadas á los bosques y barrancos en que se albergan y hacia donde los empuja por otro lado nuestra Caballería.

.....  
Pero no abandonemos este ala del Ejército, para volver los ojos hacia el *centro* de nuestra línea (donde tuvo lugar lo más recio y encarnizado de la acción de ayer), sin referir un terrible episodio en que figuró más tarde el mismo CUERPO DE RESERVA, completando su parte de gloria en tan memorable jornada.

Fué el caso que á eso de las tres de la tarde, cuando más arreciaba la lid al pie de *Sierra Bermeja*, algunas fuerzas moras de Infantería

se corrieron á todo lo largo de *Guad-el-Jelú*, á fin de cortar la retirada al general Ríos, interponiéndose entre él y nuestro Campamento.

El bizarro general Ríos, que se hallaba al frente de la primera línea por aquel lado, se penetró en seguida de las intenciones de los Moros, y las previno mandando á un Escuadrón de *Lanceros de Villaviciosa* que avanzase diagonalmente, cargase á los enemigos y los obligase á retroceder...

Así lo ofrece el Escuadrón, sin reparar en el número de los adversarios. — Sale, pues, hacia ellos, los alcanza, los alancea y les hace huir como espantados corzos.—Pero, ¡ah!, no contentos con esto, nuestros bravos siguen en su persecución, y cata aquí que repentinamente miranse en el mismo ó peor trance que los Húsares el día de Castillejos... — ¡El terreno se hunde bajo los pies de los caballos! ¡Han dado en un lodazal blando y profundo! ¡Han caído en él! ¡Están atascados! ¡Están perdidos!

En efecto: los Moros, que los han llevado artemente á aquel paraje, se agrupan al otro lado del foso de cieno, y comienzan á fusilarlos con entera impunidad...

Los de *Villaviciosa* no piensan al principio en retroceder, como lo aconseja la prudencia, sino en avanzar, salvar el estorbo, ganar la opuesta orilla y vengar la sangre que derramaban en tan malhadada situación... — Pronto se convencen, sin embargo, de que es imposible adelantar una pulgada de terreno, é intentan volver grupas... Pero ya es tarde: los caballos no pueden bracear, no pueden moverse: ¡están materialmente clavados en el lodo!—¿Qué hacer?

Más de la mitad del Escuadrón encuéntrase todavía sobre un suelo medio firme, y puede emprender fácilmente la retirada... Pero ¿cómo abandonar á una muerte segura, alevosa, crue-

lísima, á sus infelices compañeros, que van cayendo uno á uno sobre el ceniciento fango, atravesados por las balas enemigas?

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?—Pasan algunos momentos de perplejidad y de agnía...—Los Moros se burlan diabólicamente desde el lado allá del lodazal, cada vez que hieren á un Lancero... Sus espantosos gritos se mezclan á los tremendos juramentos de nuestros soldados...—¡Ah! ¡Qué horror! Ya han caído veinte... ¡Así van á caer todos!... ¡Oh, cruel y bárbaro sacrificio!

Pero no... ¡Eso es imposible! El compañerismo y la caridad van á hacer un milagro...—Los Batallones del general Ríos han visto desde lejos el tremendo apuro en que se encuentran sus hermanos..., y el *Provincial de Málaga* (¡honor á él!) viene á la carrera en auxilio de los *Lanceros de Villaviciosa*...

Llega; penetra resueltamente en el pantano, y lo que no han podido hacer los caballos, lo hacen los hombres... Remueven el lodo con pies y manos; los unos se ayudan á los otros; saltan, brincan, nadan, por decirlo así, dentro del cieno; y, cayendo y levantando, heridos algunos de ellos, llegan á la otra orilla, con el fusil inútil, es verdad; cubiertos de barro hasta la cabeza... es cierto...; pero con la bayoneta calada, con la terrible bayoneta, que se limpia de fango al atravesar el cuerpo de los asesinos.

¡Ya ha quedado á retaguardia de los andaluces el comprometido Escuadrón; ya pueden bajar de sus caballos los de *Villaviciosa* y sacar del lodazal á los muertos, á los heridos y á los que aguardan su última hora enhiestos sobre las sillas; ya están redimidos; ya están vengados!— ¡Vengados, sí!... ¡Los de *Málaga* no se han contentado con servir de escudo á nuestros Lanceros, sino que van en pos de los asombrados Africanos, hiriéndolos, matándolos, desbaratándolos

á golpes y puñaladas, haciendo arma de la culata de la carabina, de la llave, del cañón, de la bayoneta, y empleando además la terrible navaja de su país!...

En esto se retiraban ya los de *Villaviciosa*, cubiertos de infortunio, pero también ceñidos de laurel, y el general Rubio, juzgando ya inconveniente tener distraídas sus fuerzas en aquel flanco, tocó alto y retirada al denodado *Provincial*.

.....  
Veamos lo que sucedía entretanto por nuestro frente.

Como llevo dicho, el fuego se había hecho general en toda la línea. La numerosa Caballería de los dos Príncipes moros, reconcentrada en torno de la *Torre de Jeleli*, acechaba ocasión oportuna de acometernos, mientras que su desparramada y cuantiosa Infantería nos hacía fuego por mil lados, causándonos muchas y muy sensibles pérdidas. Verdad es que nuestras guerrillas y las granadas y la metralla vengaban con usura á cada Español que caía; pero semejante compensación era insuficiente...—Mandó, pues, O'Donnell al general Galiano que se metiera con casi toda nuestra Caballería en aquel mar de enemigos y pusiese término á tan costoso tiroteo.

¡Momento solemne fué aquel para todos!—Nuestros caballos se lanzaron al trote en las allí diáfanas lagunas, y yo marché en pos de ellos, arrastrado por no sé qué vaga inquietud...—Afortunadamente, debajo del agua había poco lodo, y no tardamos en ganar la otra orilla.

El brigadier Villate y los Coraceros de su mando caminaban como á una fiesta. Detrás de aquellos Escuadrones, que eran los del *Príncipe* y los de la *Reina*, iban de reserva uno del *Rey* y

el primero de *Húsares*, desplegado en guerrilla, á fin de tener á raya á algunos grupos de caballos moros que caracoleaban por la llanura.—Mandaba la *Reina* D. Eulogio Albornoz, y el *Príncipe* era acaudillado por D. Federico de *Soria Santa Cruz*.

Los Coraceros, mandados por Villate, fueron los que cargaron en primera línea, é hicieronlo á fondo, penetrando como un huracán en el lleno del Ejército enemigo. Sus centelleantes espadas descargaban tajos y reverses á diestro y siniestro... Un ancho reguero de sangre señalaba su paso al través de las huestes marroquíes.

¿Necesitaré decirlo una vez más?—¡Ni los infantes ni los jinetes moros osaron hacer frente á aquella briosa acometida!—Unos y otros se declararon en precipitada fuga, dejando sus muertos en nuestro poder, y amparándose en una hondonada ó vallecillo situado al pie de *Sierra Bermeja*, especie de abrigado golfo, formado por la prolongación de dos estribaciones de la montaña.

¡Qué temeridad!... Los Coraceros, que ven reunidos en aquel paraje á millares de fugitivos, olvidan lo sucedido en los Castillejos á los *Húsares de la Princesa*, y penetran en el barranco...—Pero, ¡ah!, no bien se acercan á tiro de fusil, ródeales una nube de humo y oyen silbar miles de balas, mientras que algunos dóblanse sobre el caballo, murmurando con varonil conformidad: “Estoy muerto.”

¿De dónde vienen aquellos tiros?—¿Quién los dispara?

¡Ah! ¡Es que los Moros tienen allí una trinchera oculta!

—¡Adelante, Coraceros! (grita Villate). ¡Saltemos ese parapeto, y no quedará un infiel con vida!...

Así lo hacen aquellos bravos.

La trinchera es de poca importancia, y los Marroquíes la abandonan también al ver el arrojó de nuestros jinetes...

Sáltanla éstos; déjanla atrás, y caen como un torrente desencadenado sobre la acorralada morisma...—Oyense gritos de terror, de espanto, de agonía... Las espadas de los Coraceros se hartan de sangre y de exterminio. Los jinetes moros se defienden muy mal con sus gumías, y los infantes no tienen espacio ni serenidad para cargar sus espingardas...

Mas, de pronto, aquellos lamentos de los vencidos truécense en aullidos de júbilo y furor...—Mil quinientos caballos, casi todos de la Guardia Negra, que estaban escondidos en un pliegue del monte, han dado la vuelta y aparecido á retaguardía de los Coraceros, envolviéndolos completamente, cortándoles la retirada, encerrándolos en el mismo golfo donde ellos tenían encerrados á sus enemigos.

¡Desastroso momento! Los acosados Moros cobran valor y ánimo con aquel refuerzo formidable. Por todos lados caen sobre nosotros miles y miles de adversarios armados de gumías y de unos chuzos por el estilo de lanzas... Hácennos fuego á quema ropa... Sus infantes pululan entre los pies de los caballos... ¡Cada Español tiene que luchar con una jauría de Marroquíes!

No se abaten, sin embargo, nuestros Escuadrones. Antes se revuelven con mayor furia, trazando en torno suyo círculos de muerte con sus largas espadas... Van, vienen, tornan, atropellan, derriban á los jinetes que les estorban el paso, y salen, al fin, de aquella lúgubre hondonada á todo el escape de sus corceles, llevándose por delante una revuelta turba de Moros y de caballos sin jinete, que aquí tropiezan, allí caen; ora huyen con dirección á nuestra línea (esto es, con dirección á otra muerte), ora se esparcen

por la llanura, buscando su salvación en la distancia.

Muchos de los nuestros vienen heridos; muchísimos han caído muertos... ¡Pero de los que vuelven, ni uno solo ha dejado de verter sangre africana! Todas las espadas están rojas de sangre: éstas melladas, aquéllas rotas.—Oh, sí! La refriega había sido horrible.—Yo recuerdo haber contemplado algo semejante en cuadros que representaban el *Paso del Gránico*, *Maratón*, *Los Campos cataláunicos* ó *Queronea*...—Nada faltaba ayer para completar mi ilusión. La lucha con arma blanca; los caballos encabritados sobre los muertos; los grupos de miembros palpitantes; los cascos de los Coraceros; los clásicos trajes de los Moros; la faz horrible de los negros; la forma antigua de las espadas y lanzas; las banderas; la trompeta vibrante de nuestra Caballería tocando á degüello...; todo, todo era artístico, monumental, clásico, como Yugurta luchando contra Roma, como Julio César en las Galias, como Aníbal en la Lombardía, como Napoleón en las Pirámides...—Fué un momento no más; fué un rápido episodio... pero tan terrible y épico como las historias pasadas, como el fabuloso poema, como el increíble bajo relieve.

Pues añadid ahora la segunda parte, ó sea el lúgubre momento de nuestra salida al llano.—Figuraos el turbión de los deshechos Escuadrones, que pugnan inútilmente por rehacerse... Figuraos aquel escape desordenado... Oid las trompetas, las imprecaciones, las voces de mando, los gemidos de los que ruedan por el polvo... Y, como vanguardia de este ruidoso torbellino, imaginad diez ó doce caballos árabes, sin jinete, enjaezados con grandes caparazones de color de escarlata, corriendo sin dirección fija, heridos unos, ensangrentados todos, con la crin erizada, relinchando como si buscasen á sus dueños ó

lamentasen tanto infortunio... — ¡Ah! ¡Ciertamente, la guerra tiene su poesía peculiar, una poesía que sobrepuja en ciertos momentos á todas las inspiraciones del Arte y de la Naturaleza!

Al desembocar á campo abierto aquel huracán desencadenado, encontré con otro que corría en dirección opuesta, lo cual aumentó la confusión de tan tremendo cuadro.—Era nuestra formidable Artillería montada, que venía á todo escape, con estridente ruido, saltando y botando, ora sobre pantanos y lagunas, ora sobre zanjas y malezas, ansiosa de ahogar con su ronco estruendo la feroz alegría de los Moros.—Crúzase, pues, y confúndense caballos y cañones; cruje el látigo de los Artilleros sobre las espantadas mulas, y únense en bárbara armonía los gritos á los juramentos, los golpes á los relinchos, las órdenes á los ayes...

En semejante tribulación, en tal infierno, vemos pasar un extraño grupo, que nos arranca al mismo tiempo carcajadas y aplausos...—Mr. Iriarte, el artista francés, falto de más cómoda caballería, corría la posta montado en un cañón, á fin de llegar antes al teatro de la lucha... Llevaba su álbum de dibujo debajo del brazo, el sombrero tirado atrás y un revólver en la mano derecha; y en aquel idioma ilustre que tantas veces animó los campos de batalla, en el Francés de la Argelia, de Italia y de Crimea, excitaba á las mulas para que corriesen más de prisa...—Por cierto que el noble extranjero, tan ansioso de presenciar el combate, regresó de él no menos gloriosamente; pues cuando, pasadas tres horas, me retiraba yo á nuestro Campamento, volví á encontrarle prestando su hombro á una camilla en que iba herido cierto oficial...

Mas volvamos á nuestra historia.

Los denodados Coraceros lograron al fin rela-

cerse y formar de nuevo por Escuadrones.—Sus pérdidas eran cincuenta y cinco hombres muertos ó heridos, entre ellos ocho jefes y oficiales, y muchos caballos inutilizados ó muertos...

Entretanto, los Moros, tomando aquella retirada por una definitiva derrota, salieron del barranco en persecución de nuestros jinetes, y hubo necesidad de volver á la carga, como suele decirse. Así lo mandó el brigadier Villate, lanzándose el primero contra los pertinaces Africanos, llevando en pos á sus Coraceros y á los Lanceros de *Santiago* y de *Villaviciosa*...—Pero los Moros no se atreven esta vez á aguardarnos, sino que vacilan..., deliberan entre sí, y al cabo huyen...

Emprendemos entonces la retirada (protegida por el bizarro brigadier Conde de la Cimera, el cual había arrollado mientras tanto, en el lado izquierdo, grandes fuerzas moras con su *Brigada de Lanceros*; sostenida por un *Escuadrón de Húsares* y por otro de *Cazadores de la Albuera*), y termina al fin aquel terrible episodio de la batalla, en que tanto había padecido nuestra impetuosa Caballería.

Mas no por esto podía darse el asunto como terminado. Los Marroquíes vuelven siempre al ataque con la misma facilidad que huyen; cuando no encuentran manera de conseguir su objeto, se contentan con causarnos bajas, y, si son tantos en número como en el combate de ayer, unas fuerzas relevan á otras y acometen varias veces la misma empresa, hasta que todos se convencen de la inutilidad de sus esfuerzos.—Rehicieronse, pues, los Islamitas luego que se vieron libres de nuestros Escuadrones, y vinieron por tercera vez sobre nuestro frente, ocupado ya por algunos Batallones del TERCER CUERPO, que se habían colocado en primera línea, llevando á

su cabeza á los generales Ros de Olano y Turón y al brigadier Cervino.

El general O'Donnell mandó á nuestra Caballería echar pie á tierra y mantenerse un poco á retaguardia, y él esperó tranquilamente á los Moros, en medio de los Batallones de *Ciudad-Rodrigo, Baza y la Albuera*, decidido á dejarles llegar tan cerca como quisiesen, á fin de dar á su terco orgullo el último y decisivo golpe.

La primera fuerza que entró en fuego contra nuestros infantes, fué una copiosísima legión de jinetes moros... Pero los aguerridos Batallones de *la Albuera, Baza y Ciudad-Rodrigo* formaron *cuádras* con admirable serenidad y prontitud, y todos los que estábamos á caballo nos encerramos dentro de ellos.—Era la primera vez que yo me veía en semejante situación, y en verdad os digo que es imponente á sumo grado encontrarse dentro de una fortaleza de carne humana, rodeado de enemigos por todas partes, sintiendo cruzarse las balas en direcciones opuestas, cercado de un anchuroso círculo de humo, y escuchando por intervalos sordos lamentos, que revelan otras tantas bajas en el grupo de que forma uno parte...

También esta vez respetó la Caballería árabe nuestros *cuádras*, y se mantuvo á cierta distancia, sin atreverse á caer sobre ellos, viendo lo cual el general O'Donnell, ordenó que saliesen algunas guerrillas á contestar el fuego diseminado del enemigo, marchando él entretanto, con su Cuartel General, á recorrer toda nuestra línea, para formar juicio exacto de la situación de cada fuerza antes de mandar el ataque general y en grande escala que había de poner fin á la lucha;—ataque que constituye uno de los más bellos espectáculos de esta Guerra...

Pero no adelantemos los sucesos.

El estado de nuestra línea era el mismo que

por la mañana; y nada había ocurrido allí, salvo el siguiente lance, digno de especialísima mención:

El animoso general D. Jenaro Quesada avanzaba por la extrema derecha con los Batallones de *San Fernando* y el *Infante*, al mando del brigadier Moreta, sostenidos por otros tres Batallones que capitaneaba el brigadier Otero, cuando, al pasar cerca de un bosquecillo muy espeso que hay en medio de la llanura, y que parece (por lo aislado) un gran ramillete de árboles, cuyo nombre de *Campo Santo* y algunas lápidas que se ven por el suelo demuestran ser un Cementerio árabe, reparó en que unos cuatrocientos Musulmanes vivos hacían compañía á los difuntos... ; Es decir, observó que cuatrocientos jinetes estaban allí emboscados, esperando alevosamente una ocasión de sorprender nuestra retaguardia!...

Tan luego como los descubrió el general Quesada, fuese derecho á ellos sin disparar ni un tiro..., y los Moros, creyendo que se trataba de un simple tiroteo, mantuviéronse firmes algunos minutos... Pero conociendo al poco rato que nuestra Infantería trataba nada menos que de cargarles á la bayoneta..., terciaron las espingardas sobre el arzón, desalojaron el Cementerio y esparciéronse por la llanura.

Quesada, entusiasmado con su Infantería, que, de progreso en progreso, no se contentaba ya con resistir á pie quieto á la Caballería árabe, sino que osaba arremeter contra ella, tomó posesión del bosquecillo; apoyó en él sus masas, y destacó algunas guerrillas en todas direcciones, á fin de que respondiesen á los disparos de los desparramados jinetes, quienes, comprendiendo que aquella lucha les era desventajosa, marcharon á reunirse al grueso de su Ejército.

Nuestro General, por su parte, dejó cuatro Compañías en dicho Cementerio, apoyadas por

un Escuadrón de *Húsares* que acababa de incorporársele, y marchó con el resto de su División en pos de los Marroquíes, hasta que, al rebasar nuestro frente, recibió orden de hacer alto y esperar allí á que se determinase el ataque general.

.....  
Así las cosas, y revistado ya por el General en Jefe todo nuestro Ejército, hubo un momento de pausa, en que estudió las posiciones del enemigo...

Serían las tres de la tarde. Hacía mucho calor. No corría ni una ráfaga de viento, y el humo del combate se elevaba lentamente á la serena atmósfera, como nube de incienso portadora del último suspiro de los que morían.

Iban cinco horas de incesante fuego. De la *Torre de Jeleli* y de las baterías rasantes que los Moros habían establecido á su pie, alzábanse por momentos blanquecinas y solitarias humaredas. Eran otros tantos cañonazos, cuyos proyectiles no nos alcanzaban, pero cuyos estampidos oíamos al modo de lejanos truenos. En cambio, nuestra Artillería no cesaba de vomitar granadas y metralla dentro de las revueltas haces agarenas, mientras que la Infantería de uno y otro bando se tiroteaban vivamente en una extensión de cerca de una legua. — ¡Qué ruido! ¡Qué agitación! ¡Qué infierno! — ¡Y cuán numeroso era todavía el Ejército marroquí, cuán pertinaz y temerario!

Yo había vuelto á reunirme al Cuartel General de O'Donnell, y una vez á su lado, tuve ocasión de lamentar más que nunca el excesivo valor, la imprudente serenidad de nuestro caudillo. — Hallábase á caballo en primera línea, entre las guerrillas de tiradores, presentando el pecho á las balas, olvidado de sí mismo y de la muerte, observando con sus anteojos los movimientos del

enemigo. — ¡En menos de cinco minutos fueron heridas varias personas de las que estaban á su lado ó detrás de él, todas pertenecientes á su Cuartel General!

— ¡Qué es eso? — preguntaba sin volverse, al oír un golpe ó un gemido, ó al notar que bajaban del caballo á este ó aquel individuo de su comitiva.

— Nada... Que han herido á Fulano... — le respondía el que se encontraba más cerca de él, no sin añadir respetuosamente: — Mi General, usted no está bien aquí...

Pero O'Donnell no le oía ya, y continuaba sus observaciones desde el primer puesto ó adelantaba algunos pasos más hacia el enemigo...

Así cayeron en torno suyo un correo de gabinete, herido en un brazo; un guardia civil de su Escolta, con un muslo partido; el auditor de guerra Sr. Castillo, con una fuerte contusión en el pecho, y dos ordenanzas, gravemente heridos.

Por último, el anciano brigadier, comandante general de Artillería, Sr. Dolz, que se hallaba precisamente al lado del general O'Donnell, lanza un suspiro ahogado, y exclama con una voz que conmovió á todo el mundo:

— ¡No veo! ¡No veo!... ¡Me han matado!

Y, llevándose las manos á los ojos, cae sobre el cuello del caballo, mientras su espada rueda por el suelo.

Corremos á incorporarlo, y vemos que tiene un balazo en la frente. — La sangre que sale á borbotones de la herida enrojece ya todo su rostro y su blanca y majestuosa barba... — La lesión es mortal; pero el noble anciano respira todavía.

Una honda piedad entenece nuestro corazón... ¡Del corazón de O'Donnell se apodera, en cambio, espantosa ira! — El, como todos, había visto caer al infortunado Dolz; pero, en vez de

pensar en aquella pérdida que ya no tenía remedio, resuelve tomar en sangre de los Moros pronta y tremebunda venganza. Inflámanse, pues, sus mejillas; lanzan rayos sus ojos; busca con la vista á sus ayudantes, y les da rapidísimas órdenes.

Yo no las oigo; pero veo que el caudillo señala con su espada á las últimas alturas ocupadas por los Marroquíes.

—¡Hasta allí hemos de llegar!—decimos algunos con admiración.

Y razón teníamos para admirarnos. ¡Entre aquellas alturas y nosotros había un cuarto de legua, poblado por veinte mil Moros, casi todos de Caballería!...

Ya, en esto, cundía por nuestra frente cierta sacudida de entusiasmo, como si el mismo riesgo de la empresa fuese parte á alborozar los corazones...

—¡A ellos, á ellos!...—murmuraban nuestros soldados, produciendo un sordo rumor, semejante al que precede á la tormenta.

—¡A ellos, muchachos!... ¡A la bayoneta!... ¡Viva España!—gritaban los jefes, agradecidos de antemano á sus valerosas tropas.

Suena, al fin, el ardiente y vertiginoso toque de ataque..., y muévense nuestras columnas: primero lentamente, luego más de prisa, por último á la carrera...

*Ciudad-Rodrigo* y *Baza* cargan en primera línea.—En pos de ellos van los Batallones de *la Albuera*.—Ros de Olano, Turón y Cervino capitanean aquel enérgico avance.—La Bandera de mi Batallón ondea sobre un mar de bayonetas.—Los vivas y las aclamaciones ahogan el estruendo de mil tiros.

¡Oh, qué momento!—Los Moros no piensan ni remotamente en resistirnos. ¡Conocen dema-

siado estos ataques de nuestra Infantería, para intentar defenderse en campo raso! Saltan, pues, de entre los cañaverales, de los pliegues de la sierra, de todas las posiciones en que estaban ocultos, y trepan á la montaña ó se refugian en atrincherado Campamento, como tímidas liebres; corren atribulados por todas partes; se agarran á las matas para subir; se derrumban de lo alto de las peñas; se arrastran, como sierpes, por el suelo, ó andan con pies y manos entre las jaras, como bestias feroces en sus soledades.

¡Sublime, arrebatadora era la vista que presentaban aquellos Batallones, corriendo en masa y llevándose por delante, barriendo materialmente, á miles y miles de Moros de á pie y de á caballo, revueltos en desesperada fuga! ¡Yo no había visto nunca (y lo mismo decían los veteranos) carga tan audaz y tan enérgica.—“¡Bravo!... ¡Bien por los Cazadores!...”—exclamaban jefes, oficiales y soldados, al ver á *Ciudad-Rodrigo* y *Baza* arrollarlo todo sin detenerse: fosos, trincheras, malezas, barrancos y colinas...

En tal momento tengo ocasión de presenciar una escena que me interesa en alto grado...

El general Ros, que ve avanzar á sus Batallones más de lo conveniente, llevados de su excesivo denuedo, vuélvese al primer ayudante que ve cerca de sí, y le dice con energía:

—¡Al escape! ¡Al momento! ¡Que se detengan aquellas fuerzas!

El ayudante que recibe la orden es su hijo..., el joven teniente D. Gonzalo Ros de Olano.

Saluda éste á su padre y General con silencioso y militar respeto, y parte como una exhalación.

Para llegar adonde se le ha mandado hay dos caminos: uno muy largo, haciendo un rodeo y pasando por la retaguardia de nuestras tropas;

otro cortísimo, faldeando la montaña y cruzando por entre los dos fuegos que, de arriba abajo y de abajo arriba, se hacen los Marroquíes y nuestros Cazadores...

El bizarro ayudante comprende que no hay tiempo que perder, y elige este último.

¡Es decir, que su padre lo ve desaparecer entre un diluvio de balas!...—; Pero no el dolor, no la zozobra se pinta en el rostro del guerrero poeta, sino un gozoso y resplandeciente orgullo!

.....  
Algunos momentos después vese venir por el opuesto lado, flanqueando la posición enemiga, un jinete á todo escape...—Los Moros, que lo distinguen, le hacen fuego... Pero no le tocan, y el jinete se incorpora á nosotros.

Es el mismo ayudante; es el teniente Ros de Olano.

—Mi General (dice, plantando su caballo delante del de su padre, y saludando á éste con la más severa etiqueta), la orden está cumplida.

—Hijo mío (responde tranquilamente el General), estoy muy satisfecho de ti.

Y, con una profunda mirada, pregunta á su joven heredero si está herido. Este le significa que no con una sonrisa tierna... Y los que presenciámos aquel mudo y patético coloquio, sentimos enternecido nuestro corazón y fortalecida nuestra alma.

.....  
Al mismo tiempo el general Mackenna escalaba con dos Batallones el extremo del cerro en que se apoyaban los Moros, y el general Quesada subía con *San Fernando* y el *Infante* por detrás de la empinada posición, mientras que el brigadier Otero tomaba á la bayoneta otras alturas aun más distantes, sobre el extenso aduar de *Mel-lily*.—; Por cierto que, para llegar á aquel punto, la División Quesada ha tenido que pasar

entre dos pantanos muy profundos y que cargar otra vez á la Caballería enemiga!—Pero la oportunidad con que aparece casi á retaguardia de los Moros, le vale las alabanzas de todo el Ejército.

Los pobres Marroquíes, cogidos entre dos fuegos, rodeados, perseguidos por todas partes, tienen que retroceder en su fuga, y descubren de pronto á nuestra vista sus numerosísimas huestes, que buscan otra salida hacia su Campo por un barranco próximo á la *Torre de Jeleli*...—; Cuántos!... ; Cuántos eran todavía! ; Y qué total, que ignominioso vencimiento! ; Qué patente y general su derrota!

Aguardábaseles, sin embargo, una nueva amargura.—La *Batería de Cohetes* ve enfrente de sí aquel enjambre de acobardados monstruos, y empieza á lanzar en medio de ellos sus espantosos proyectiles...

Parten los *cohetes* como centellas, hendiendo el aire con estridente ruido; penetran como cullebras de fuego en las haces infieles; serpean, saltan y vibran su larga cola, azotando con ella á peones y caballeros, y revientan, en fin, sembrando el estrago y la muerte por todas partes.

—“*Esto es fuego del cielo!*” (exclamaban los Marroquíes). “*¡Los Cristianos disponen á su antojo de las exhalaciones de lo alto!...*” (1).

Entretanto, nuestra Artillería vomitaba andanadas continuas de granadas y metralla sobre los aterrados Agarenos, sobre su Campo, sobre las huertas de *Tetuán*, sobre sus quintas y aduares... —; Qué desolación! ; Qué castigo! ; Cómo

(1) Uno de los tenientes que figuraban en esta Batería, el Sr. D. José Navarrete, ha escrito hace poco un precioso libro titulado *De Wad-Rás á Sevilla*, cuya lectura recomiendo á todos los que quieran tener idea completa de todos los cuadros de aquella inmortal campaña.

debieron de arrepentirse de habernos provocado tan temerariamente! ;Qué lúgubres presagios harían en aquel momento sobre la suerte de su ciudad querida!

Finalmente, músicas y aclamaciones resonaban allá en las alturas que el general O'Donnell designó con su espada al ordenar el ataque...— Aquellos himnos celebraban nuestra completa victoria.—La Bandera de España ondeaba sobre todas las cumbres de *Sierra Bermeja* que ocupaba poco antes el enemigo, el cual ocultaba su dolor y despecho en las fragosidades de las montañas próximas ó en el que hoy consideran *seguero* de sus trincheras y parapetos.

.....  
Concluamos.

Dicho se está que el General en Jefe y su Cuartel General habían subido los primeros á las posiciones tan valerosamente conquistadas.—Desde allí, desde aquellas empinadas lomas, abarcábase de una sola ojeada toda la llanura que acabábamos de recorrer. Por un lado veíamos el CUERPO DE RESERVA, formado en *cuadros*; por otro, la Brigada Mogrovejo, escajonada en columnas; allá nuestra *Caballería*, tendida en batalla; más cerca, la *Artillería*, tronando aún y coronada de blancas humaredas... Por todas partes guerrillas; grupos sueltos de soldados que conducían heridos; jefes y ayudantes que corrían en varias direcciones; cargas de cartuchos que venían de la remota *Aduana*; camilleros de las *Compañías de Sanidad*, que buscaban nuestros muertos entre la alta hierba, y acaso, acaso, alguna que otra tertulia de oficiales, que almorzaban á aquella hora pan y queso, salchichón y vino, sobre la tierra que acababan de ensangrentar sus compañeros...—¡Qué alegre, qué animada, qué marcial perspectiva!

Pero ¿qué rumor de músicas y tambores se

percibe á lo lejos? ;Qué Ejército es aquel que avanza por la otra solitaria planicie que atraviesa el río de la *Judería*?—; Ah! ; Son los Batallones del SEGUNDO CUERPO; es el general Prim, que acude al teatro de la victoria!

¡Imponente y magnífico alarde! Aquellas aguerridas fuerzas, que hoy han permanecido ociosas, vienen á Banderas desplegadas y tambor batiente, en perfecta y vistosa formación, completando nuestro dominio sobre todo el anchuroso valle, y como diciendo á los caudillos Mahometanos:—“*Aun quedábamos nosotros; aun estábamos de reserva para lo que pudiese ocurrir.*”

El Conde de Reus, adelantándose á su Ejército, llega á todo escape á incorporarse al Cuartel General de O'Donnell y á cumplimentar á éste por el hermoso triunfo que acaba de obtener; después de lo cual le refiere un notable hecho de armas que ha tenido lugar allá abajo, mientras que nosotros tomábamos estas posiciones.

.....  
Fué el caso que, estando parada en la llanura la División del general O'Donnell (D. Enrique), un jinete árabe, vestido de grana, que había dirigido por la derecha las fuerzas enemigas durante toda la lucha, se adelantó (con seis jinetes más, que parecían constituir su escolta) hacia aquella División inmóvil, como en són de desafío ó de parlamento...

El hermano de nuestro General en Jefe hizo avanzar entonces á su ayudante el Sr. Maturana, seguido de cuatro Guardias civiles y dos ordenanzas, con el solo encargo de observar las intenciones de los que venían; pero al llegar nuestros jinetes al sitio que se les había señalado (á gran distancia ya de nuestros Batallones), encuéntranse enfrente del extraño caba-

llero moro, que había reforzado su escolta con veinte jinetes más...—; Nadie había visto llegar á aquel refuerzo, que sin duda estaba escondido entre los altos juncales de las lagunas!...

Sin vacilar ni un punto, el Sr. Maturana carga entonces á los treinta Agarenos con los seis valientes que le acompañan, y por un momento quedan revueltos y confundidos Moros y Cristianos...—Mas los nuestros se dan tal arte, que logran infundir miedo á los Marroquíes.

Retíranse éstos casi sin luchar..., y Maturana y los suyos, viendo que nuevas fuerzas moras vienen por la derecha tratando de envolverlos, emprenden también la retirada para incorporarse al grueso de nuestras tropas...

Pero uno de los Guardias civiles, cuyo caballo acababa de recibir un balazo, cae en esto á tierra, sin que lo noten sus compañeros, y Maturana oye su voz, que pide auxilio con tanta mayor vehemencia, cuanto que el Jefe encarnado y seis ó siete Moros más lo cercan ya, tratando de llevárselo vivo...

Maturana lo ve, y retrocede *solo*, armado de su revólver. Llega al grupo de Moros, que salen á su encuentro esgrimiendo afiladas gumías: apunta contra el Jefe, y lo mata; dispara tres tiros más, y hiere á otros dos infieles, con lo cual huyen los restantes, dejando prisioneros en poder del bravo oficial á los dos heridos.

Bien quisieran rescatarlos y castigar al audaz Maturana las fuerzas que acudían en auxilio del ya difunto jinete rojo; pero al mismo tiempo llegan en ayuda de los nuestros dos Compañías de la *Princesa* y una de *Toledo*, visto lo cual desisten de su intento los Marroquíes, pronunciándose en retirada.

Salvo ya el Guardia civil, y recogidos los dos prisioneros, éstos declararon que el Jefe muerto era de elevadísima graduación; cosa que tam-

bién revelaban su rico traje de lana y seda y su excelente caballo..., que en adelante montará el general Prim.

Por lo demás, esta marcha del Conde de Reus al través de la llanura, sin Caballería ni cañones, ha sido tan osada como aplaudida. Muchas veces vióse obligado á formar *cuadros* para hacer frente á los jinetes moros (que no se atrevieron á acercársele); otras destacó guerrillas en su seguimiento, causándoles algunas bajas, y, á no haberle detenido la mala condición del terreno, su llegada al teatro de la acción por la retaguardia del enemigo habría hecho aún más sangrienta la vergonzosa fuga de éste.

.....  
Pero he dicho que iba á terminar por hoy.—  
Describamos rápidamente nuestra retirada.

Esta se verificó con el mismo disgusto de las tropas y del General en Jefe que la del día del Príncipe de Asturias.—; Estábamos tan cerca del Campamento enemigo! ; Nos había costado tanta sangre llegar allí!... — Sin embargo, era forzoso volver á nuestros Reales.— El ataque á *Tetuán* debe verificarse por el otro lado de la llanura, por la orilla del *Río Martín*, asaltando de frente los grandes parapetos guarnecidos de cañones que allí han construído los Marroquíes..., y O'Donnell no improvisa ni cambia nunca sus planes..., por lo cual los realiza siempre...

Nos retiramos, pues.— Los Moros trataron varias veces de picarnos la retaguardia luego que la noche cubrió el valle de tinieblas; pero el general Quesada por un lado, y los brigadieres Villate y Cervino por otro, cargaron nuevamente al enemigo, quien se resignó al fin á dejarnos marchar ufanos con nuestra victoria...

El Cuartel General pasó á su vuelta por el teatro de las cargas de Caballería.— Aun se

veían algunos muertos nuestros, y muchos, innumerables Mahometanos...—Algunos caballos de uno y otro Ejército agonizaban de pie, con el cuello tendido al aire y desangrándose lentamente... Otros yacían al lado de sus jinetes exánimes... Las armas descansaban también en tierra, como cansadas de matar...—¡Qué cuadro de tan lúgubre poesía!

Entre los despojos del reciente combate encontré una bandera roja, al lado del que la había paseado todo el día por el campo de batalla. — Era éste un mulato corpulento, vestido con túnica encarnada, pantalón azul y turbante blanco. Dormía el sueño de la muerte con la faz al cielo, y su brazo derecho, extendido hacia la bandera, parecía pugnar por defenderla todavía...

En fin, cerca ya de nuestro Campo, habló rápidamente O'Donnell con uno de los prisioneros hechos en la jornada, misero anciano medio desnudo, de melancólica y grave fisonomía.

—¡Erais muchos hoy? — le preguntó, entre otras cosas, el General en Jefe.

—¡Muchos! ¡Muchos! (respondió el Moro, extendiendo las manos y agitando los dedos, como si viese ante sí las numerosas haces que había contemplado reunidas aquella mañana). ¡Muchos!... ¡Muchos!...—Pero ¿de qué nos ha servido?

Y al pronunciar esta frase expresaba el rostro del anciano tan profunda desesperación, que su patriotismo y su desgracia nos causaron respeto...

Concluyo diciendo que nuestras bajas en el combate de ayer consistieron en ochenta muertos y sobre quinientos cincuenta heridos.—¡Las de los Moros... (todos pudimos verlas) fueron atroces!...—Solamente los muertos pasaron de trescientos.

Por lo que á mí toca, no tengo valor para dejar la pluma sin dar cuenta de la alegría y orgullo que me embargan...—El general O'Donnell me concedió ayer *la Cruz de San Fernando en el Campo de batalla*, recompensando así con usura la parte insignificante que tomé en los trabajos y peligros de tan memorable refriega.

Es decir, que, mientras exista, adornarán mi pecho los colores amarillo y rojo, ¡los colores de la Bandera nacional, y que después de terminarse esta Guerra y mi compromiso de soldado, aun permaneceré unido con lazo tan hermoso al bizarro Ejército español!

¡Sea en buen hora! ¡Luzca sobre mi corazón el más sagrado símbolo de la Patria, la más honrosa recompensa militar, la noble enseña española, y ella me inspire en todo tiempo sentimientos de amor y adoración entusiasta hacia la ilustre nación que bendigo ausente, y de quien me envanezco de ser hijo!

## XXXVIII

Día de la Candelaria.—Misa solemne.—Reconocimiento.—Conferencia de los Generales, y plan de próxima batalla.

2 de Febrero.

El día de ayer (que yo pasé escribiendo la batalla del 31) dedicóse al embarque de heridos, al *municionamiento* de las tropas y á los preparativos de nuestro próximo ataque al campo atrinchado de *Tetuán*.

Emprenderemos la acometida pasado mañana al amanecer; las órdenes están dadas, y todo dispuesto con la más escrupulosa previsión.

En cuanto al día de hoy, ha sido solemnísimos. Primeramente, esta mañana oyó Misa todo el

Ejército. El ser día de la *Purificación* motivó realmente la santa ceremonia; pero el hecho de encontrarnos abocados á una grande y decisiva batalla; la evidente proximidad de nuestra entrada en una ciudad infiel, y el temor, que no podíamos menos de abrigar todos y cada uno, sobre si aquella Misa sería la última que oyésemos antes de comparecer en la Eternidad, han dado al acto religioso de hoy no sé qué grandiosidad austera y melancólica, que no podía menos de contrastar con el humilde aparato y militar desaliño del Templo, del Altar, del Sacerdote y de los Fieles.

Celebrábase la Misa en la plataforma del Torreón de la *Aduana*, bajo la severa bóveda del cielo. El Altar se apoyaba en el muro; y, cerca de él, asomado á las almenas aspilleras, hallábase un corneta de Cazadores, quien, con agudas señales, iba indicando á las numerosas huestes tendidas por la llanura la marcha silenciosa del incruento Sacrificio. — Yo no pude menos de volver muchas veces la cabeza para contemplar el magnífico cuadro que presentaban nuestras tropas en aquel momento. — En una parte se veían obscuras masas de Batallones formados entre los claros de sus tiendas; en otra, columnas apretadas de Caballería, cuyas espadas centelleaban al Sol, ó cuyas lanzas entregaban al manso viento sus banderines; aquí un grupo aislado de jinetes, allá cuatro ó seis Guardias civiles alineados en otro sentido; ora algún soldado solo que había interrumpido su marcha, ora los Ingenieros, apoyados en sus herramientas; en un lado el Cuartel General de tal ó cual Cuerpo de Ejército, parado en pintoresco pelotón, con los Generales y Brigadieres á la cabeza; en otro los acemileros y las gentes de mar, descubierta la frente, pero colocados también en regulares filas; ya una Escolta, ya un Regi-

miento, ya una masa de Artillería, ya un centinela solitario..., y todos silenciosos, todos inmóviles, todos atentos á un punto fijo; ¡al Torreón arábigo en que se celebraba la Misa!

No había semblante que no revelara juntamente marcialidad y ternura... Dijérase que, al través de la dura y amenazadora expresión que los rigores de la Campaña y crueles hábitos de la guerra han prestado á todas las fisonomías, fulguraba la suave luz del Evangelio... Las dulces memorias de la Patria, los recuerdos de la familia, los cuidados del alma, la cercanía de la vida eterna, todo conspiraba á enternecer y mejorar el corazón, á exaltar el sentimiento religioso, á inflamar el amor divino...—Todos rezaban, pues, ó sostenían con el Sér Supremo más íntimos coloquios. Quién le rendía fervorosa acción de gracias por haberle protegido hasta entonces y conservádole para su atribulada familia; quién le rogaba que fuese su escudo y su defensa en los próximos combates; quién le encomendaba la custodia de seres queridos que temía no volver á ver; quién, en fin, conmovido por más grandes agitaciones, pedía para las Armas españolas la ayuda y el favor del Dios de los Ejércitos, ofreciéndole, en cambio, una desdichada vida, si necesaria era, para la felicidad de la Patria.

Grave y austera música poblaba en tanto de melodías la pura atmósfera de la mañana; el Sol enviaba sus más cariñosos rayos á los que vió en otro tiempo pacíficos moradores de lejanos hogares, y hoy encontraba en extranjero suelo dando su vida en defensa de la honra nacional. Dios, Rey del universo, acudía, en fin, gozoso á la nueva tierra donde sus hijos se reunían en su nombre y le llamaban... ; *Tetuán* y sus guardadores debieron de sentir el frío de la muerte en tan angusto y misterioso instante!

Veinticinco mil soldados españoles estábamos de rodillas, presentando las armas con humildad al *Dios de Sabaoth*, al Caudillo del pueblo de Israel. Los jinetes, firmes sobre sus bridones, llevábanse al corazón la cruz de la espada, como ofreciendo la fuerza de su brazo y la sangre de sus venas á la Víctima que veían inmolar. Todos los ecos del valle resonaron entonces con los acordes del himno triunfal de España, repetido por mil marciales instrumentos. La consagrada Hostia brilló al Sol y eclipsó su lumbre, y el Cáliz misterioso, al alzarse sobre la cabeza del Sacerdote, destacóse sobre el azul del cielo, como si en aquel sacrosanto brindis se hubiese unido la Eternidad á lo Creado.

Al fin de la Misa, el General en Jefe, que durante toda ella había permanecido con la cabeza baja y la empuñadura del acero apoyada en el corazón, emprendió silenciosamente el camino de los Campamentos moros, seguido de su numeroso Cuartel General y del de todos los Generales del Ejército.

El objeto de O'Donnell era reconocer nuevamente el camino que hemos de recorrer pasado mañana, y enterar á los demás Generales de las observaciones hechas por el general García en anteriores reconocimientos, designándoles al paso los sitios por donde habrán de conducir sus tropas, á fin de esquivar en lo posible los sitios pantanosos.

Llegamos, pues, hoy, como los días precedentes, hasta muy cerca de los parapetos del enemigo, quien no dejó por su parte de recibirnos á cañonazos; pero tampoco por esta vez nos causaron perjuicio las voluminosas balas rasas que caían en ocasiones á los pies de nuestros caballos...

Terminado el reconocimiento, el general O'Donnell invitó á los demás Generales á que subie-

sen con él á la plataforma de la *Aduana*, desde donde, como tengo dicho, se abarca perfectamente toda la llanura...—A nadie se le ocultó que el General en Jefe iba á revelar y explicar su plan de batalla á los que pasado mañana han de secundar sus órdenes dando el anhelado ataque á los Campamentos enemigos.

Los generales Ros de Olano, Prim, García, Ríos, O'Donnell (D. Enrique), Orozco, Turón, Quesada, Galiano, Ustáriz, Mackenna y Rubio, así como los Comandantes generales de Artillería y de Ingenieros, componían aquella asamblea al aire libre, que nosotros divisábamos desde abajo con la curiosidad que puede imaginarse...—La plataforma en que tenía lugar aquella importante escena, era la misma en que pocos momentos antes se había celebrado la Misa de Campaña.—O'Donnell, avanzando á las almenas del Oeste, designaba á los demás Caudillos varios parajes de la llanura, mientras el general García, como jefe de Estado Mayor General, mostraba el plano del terreno, y Ros de Olano y Prim, agentes principales que han de ser de la obra, se ponían de acuerdo sobre los puntos que han de acometer con sus respectivas fuerzas.

¡Porque (sabedlo, como ya lo sabemos todos) el plan del Conde de Lucena consiste en atacar á un mismo tiempo de frente y de flanco las posiciones enemigas, y tomar á la bayoneta parapetos, cañones, tiendas y todo cuanto encierran los Campamentos moros!—La idea no puede ser más sencilla, más grande ni más atrevida.—Ninguna tampoco más del gusto de nuestros soldados.

—¡Al fin (dicen) vamos á apoderarnos de la presa que hemos tenido al alcance de la mano en *Castillejos*, en *Monte Negrón* y en *Río Azmir*, y que tan de cerca amenazábamos en los combates del 23 y del 31 de Enero!

Y una vertiginosa alegría reina en toda la extensión de este Campo...

De nuestras inquietudes acerca de la próxima lucha, hablaré mañana con más viveza y propiedad que pudiera hacerlo hoy, pues mañana es la verdadera víspera del día solemne, y nada tendremos que hacer sino filosofar con el pie en el estribo...

## XXXIX

La víspera de la batalla.—*Molendris*, víctima política. Los *Voluntarios Catalanes*.—Arenga de Prim.—Despedidas.

Día 3 de Febrero.

El día de hoy me lo había yo imaginado muchas veces antes de venir á la Guerra.—Quiero decir que sus peculiares emociones, su solemne expectativa, sus terrores y sus regocijos, corresponden exactamente á lo que yo había presentado siempre que pugnaba por figurarme la víspera de una decisiva batalla.

Hasta hoy nos eran desconocidas estas inquietudes; y es que, hasta hoy, nunca hemos tenido completa seguridad de combatir á determinada hora; nunca hemos atacado con premeditación; nunca hemos buscado al enemigo.—Pero hoy sabemos todos (lo mismo los jefes que los oficiales y los soldados) que mañana al amanecer iremos sobre las huestes contrarias á batirlas, á asaltar su Campo, á apoderarnos de él...; huestes y Campo que no podrán huirnos ni trasladarse á otro punto, sino que están ahí, á nuestra vista, esperándonos hace mucho tiempo, con sus trincheras y cañones, con sus fosos y parapetos.—; La lid, por consiguiente, será segura,

inevitable, tremenda, y tenemos absoluta, indeclinable necesidad de triunfar!

Porque no hay arreglo posible...—Al ser de día decamparemos: los soldados marcharán con sus tiendas á la espalda, provistos de raciones y con todo su equipo en las mochilas. Las acémilas nos seguirán con municiones y víveres, con hospitales y oficinas, botiquines y material de Ingenieros...—; O vencer ó morir; ó ganarlo ó perderlo todo!...—Tal será mañana nuestra situación.—; O dormimos en las tiendas de Muley-el-Abbas, ó vamos de cabeza al Mediterráneo!... ; O mañana *Tetuán* es nuestro, ó tenemos el trágico fin del Ejército de D. Sebastián de Portugal!

Ni creáis que abulto la importancia de los peligros que vamos á correr con el pueril ó poético propósito de que luego parezca mayor nuestra victoria...—Casualmente tenemos noticias frescas del Campamento moro, las cuales no dejan lugar á duda acerca del formidable aparato y desesperada furia con que nos aguardan los Marroquíes.—Las enormes pérdidas que tuvieron en el último combate han sido repuestas y hasta superadas por tres ó cuatro mil *voluntarios* que Muley-el-Abbas ha reclutado entre los pacíficos vecinos de *Tetuán*, obligándoles á tomar las armas y á seguirlo.—Al mismo tiempo, el belicoso Príncipe ha recibido de su hermano el Emperador un considerable convoy de víveres y municiones, que empezaban á escasear (sobre todo los primeros) en las filas enemigas. Unido esto á que los Moros saben también que mañana se juega el todo por el todo; que la batalla decidirá de la suerte de *Tetuán*, y que lo que no consigán en tan fuerte posición, con Artillería, parapetos y casi doble número de combatientes que nosotros, no lo conseguirán ya nunca, hace que hayan recobrado la *moral* perdida; que su confianza en la victoria sea mayor que en los úl-